

Maruja Mallo

(Viveiro, Lugo, 5 de enero de 1902 – Madrid, 6 de febrero de 1995)

Su nombre real era el de Ana María Gómez González, pero para su nombre artístico decidió utilizar el segundo apellido de su padre. Debido al trabajo de este, funcionario del Cuerpo de Aduanas, la familia se trasladó a Avilés en 1913, donde Maruja se formó como pintora en la Escuela de Artes y Oficios, dando a conocer su incipiente obra en la “II Exposición de Arte Avilesino”, celebrada en 1922, en lo que puede considerarse su primera aparición pública como pintora.

En ese mismo año la familia se trasladó a Madrid, donde se matriculó en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, tras superar el examen de ingreso. En aquel momento eran muy pocas las mujeres que estudiaban, limitándose la inmensa mayoría a cumplir su papel de amas de casa. Allí conoció a Salvador Dalí, a través del cual la joven pintora entró en contacto con su círculo de amigos de la Residencia de Estudiantes, especialmente con Luis Buñuel y Federico García Lorca.

Pronto su temprano academicismo evolucionará hacia una estética más personal y propia, inspirada en las corrientes artísticas europeas (el psicoanálisis freudiano, el surrealismo).

En 1925, en medio de un ambiente de cambio y agitación cultural, Maruja Mallo conoció a dos mujeres que se sumaron a su cruzada vanguardista y trasgresora: Concha Méndez Cuesta (1898-1986) y Margarita Manso Robledo (1908-1960). Esta última, Dalí, Lorca y Mallo protagonizaron el escándalo del “sin sombrero” en la Puerta del Sol: el hecho insólito de quitarse el sombrero porque les estaba “congestionando las ideas”. Prescindiendo de esta prenda, liberaban sus pensamientos e inquietudes de manera metafórica. Los viandantes, que vieron esta acción tan libertina como degenerada, reaccionaron insultándolos y apedreándolos.

El 28 de mayo de 1925 se inauguró en el Palacio de Cristal del Retiro la “I Exposición de Artistas Ibéricos” en la que Lorca ofreció una lectura de sus poemas. Allí Maruja Mallo conoció personalmente a Rafael Alberti, con el que, además de mantener una relación sentimental, colaboró realizando los diseños escenográficos (decorados y figurines) para algunas de sus obras teatrales y los dibujos para ilustrar varios de sus poemas.

A finales de los años veinte, Mallo emprendió una intensa labor creativa, centrada en la imagen de la mujer activa, dinámica y deportista, palpándose ya en sus obras la esencia de la vanguardia, una indudable influencia del futurismo, pero también del cubismo, del expresionismo de Celso Lagar (1891-1966) o del vibracionismo del uruguayo Rafael Barradas (1890-1929), imponiendo un orden basado en la geometría.

En 1928, Maruja dio un giro radical a su pintura, orientándose decididamente al surrealismo. En poco tiempo “la pintora gallega pasó de la vitalidad y exaltación del espectáculo urbano de las verbenas a inquietudes de signo radicalmente contrario que acarreaban una visión sombría del extrarradio madrileño: una naturaleza degradada, inhóspita y llena de putrefacción”, una suerte de bajada a los infiernos en una etapa de su producción artística que se extendería hasta 1931.

Alberto Sánchez y Benjamín Palencia, entre otros, la introdujeron en los objetivos de la Escuela de Vallecas: “defender la idea de una vanguardia que, lejos de obedecer, de modo mimético a los dictados del debate internacional, aportase una visión de raigambre específicamente española”. Su nueva serie “Cloacas y campanarios”, cercana a los planteamientos vallecanos, constituye uno de los grandes momentos de la obra de la pintora, quien prosiguió su camino en la avanzadilla de la vanguardia plástica como pintora, dibujante e ilustradora.

El advenimiento de la Segunda República el 14 de abril de 1931 supuso, en cierta medida, la culminación de los anhelos de muchos intelectuales y artistas, incluida Maruja Mallo. En 1932, la Junta de Ampliación de Estudios le concedió una pensión para estudiar durante un año en París escenografía y perfeccionar la técnica de diseños teatrales.

Siendo ya una pintora consagrada, la más vanguardista de su tiempo, participó en las exposiciones de la Sociedad de Artistas Ibéricos (SAI) celebradas en Copenhague (1932), Berlín (1933) y París (1936).

En 1933, deseando conseguir una seguridad económica, se presentó a oposiciones, obteniendo la cátedra de Dibujo. Fue destinada al Instituto de Arévalo donde impartió clases de Dibujo libre y Composición durante el curso 1933-1934.

Tras su experiencia docente en Arévalo, Maruja regresó a Madrid a comienzos de 1934, continuando su labor pedagógica en el Instituto Escuela y la Residencia de Estudiantes, frecuentando también la Escuela de Cerámica. Durante estos años dará comienzo a una nueva singladura artística definida por algunos críticos como su etapa constructivista, influida por el pintor uruguayo Torres-García. A ella pertenecen sus series "Arquitecturas minerales y Arquitecturas vegetales". La otra serie que realiza en estos años, denominada "Construcciones rurales o Edificaciones campesinas", supone una vuelta a la naturaleza, desde una visión positiva y social, regida por la matemática y la geometría.

Maruja, cada vez más comprometida con la República, frecuenta tertulias y cafés, forjando nuevas amistades, como la del poeta Pablo Neruda. En el domicilio de este, trató Maruja Mallo a un poeta provinciano de veinticuatro años: Miguel Hernández. Su relación breve, pero intensa, estuvo marcada por un amor tórrido y una admiración mutua que influyó en su obra respectiva: *El rayo que no cesa*, en el caso del poeta, y el cuadro *Sorpresa del trigo*, en el de la pintora, considerado el cénit de su carrera artística.

El comienzo de la guerra civil sorprendió a Mallo en Galicia, adonde había marchado, a principios del verano, con las Misiones Pedagógicas y con el objeto de dar unas clases en una Escuela de Artes y Oficios. La pintora se refugió en casa de unos tíos en Vigo, oculta por miedo a una delación. Gracias a una oportuna invitación de la Asociación de Amigos del Arte de Buenos Aires para acudir a una exposición, pudo obtener un salvoconducto y llegar a Lisboa, donde encontró la protección diplomática de la escritora Gabriela Mistral, representante de Chile en el país luso. Desde allí partió a Buenos Aires, dando comienzo a un largo exilio (1937-1961).

En la capital argentina presentó pronto una nueva obra, la primera pintada en América, *Arquitectura humana*, muy próxima a *Sorpresa del trigo*, a la que seguirán otros cuadros que pasarán a formar parte de un nuevo ciclo pictórico.

En 1939 Maruja Mallo visitó Chile, país que le fascinó, y en 1940, Uruguay. De estos contactos con países y costas de ambas orillas, saldrá una nueva serie de dieciséis obras titulada "Naturalezas vivas", plagada de caracolas, conchas, algas, plantas y flores nuevas que van formando un mundo personal.

Pisó de nuevo tierra española en marzo de 1961, cuando expuso algunas de sus obras españolas y americanas en la galería Mediterráneo. Su regreso a Buenos Aires fue meramente provisional, ya que en 1965 volvió definitivamente a España. Sus numerosos amigos de otra época habían muerto o estaban en el exilio. Su penitencia fue la soledad mal asimilada en el Hotel Emperatriz de Madrid, hasta que pudo trasladarse al apartamento de Núñez de Balboa "donde comenzó en cierto modo a renacer y a recuperar la vitalidad perdida".

Con el fin del franquismo su presencia en la esfera pública se reactivó, participando en numerosas muestras y exposiciones. En estos años conoció una segunda e intensa vida como musa o fetiche surrealista de la llamada "movida madrileña".

En 1982 recibió, de manos del rey Juan Carlos I, la Medalla de Oro al mérito en las Bellas Artes, concedida por el Ministerio de Cultura. Al año siguiente recibió un sustancioso encargo del Banco Exterior para diseñar el cartel anunciador del 10º aniversario de la muerte de Pablo Neruda.

En 1990 le fue entregada la Medalla de Oro (Premio a la Creación Plástica) de la Comunidad de Madrid. Tres años más tarde se inauguró el Centro Gallego de Arte Contemporáneo en Santiago de Compostela con un centenar de obras y documentos de la artista venidos de todas las partes del mundo.

Cinco años después, Maruja Mallo falleció en Madrid a la edad de 93 años.



La sorpresa del trigo, Maruja Mallo



Espantapájaros, Maruja Mallo

PISTA 1: Buena parte de su obra se enmarca dentro del movimiento surrealista.

PISTA 2: Se exilió a Buenos Aires unos meses después de iniciarse la Guerra Civil.

PISTA 3: En 1982 recibió la Medalla de Oro al mérito en las Bellas Artes.